BIBLIOTECA LIGERA

PARA USO

DE TODO EL MUNDO

POR

F. S. y S.

XXXVI.

¡Calla, blasfemo!

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIÁSTICA.

¡CALLA, BLASFEMO!

CALLA, calla, infeliz, cierra esa boca vil con que insultas al cielo, manchas tu alma y escandalizas y echas á perder miserablemente la de tu prójimo! ¡Calla, por compasión, no desafíes más la cólera divina con esa frase asquerosa é infame, que de los cenagales del infierno ha traido al mundo Satanás para arrojarla cada dia, cada hora, cada minuto, por medio de sus desventurados secuaces, al rostro mismo de Dios! ¡Calla, no pronuncies más esa inmunda palabra que sólo el demonio ha podido inventar y

enseñarte, para que hicieses ya en esta vida ¡oh infeliz! el aprendizaje de la tarea horrible que has de ejercitar un día con él en los abismos de la eterna condenación! No, no ha inventado la blasfemia el hombre; no cabe en el pecho de la humana criatura el horror de tal descubrimiento. De los infiernos brotó, porque allí fué donde se empezó á blasfemar: el ángel caído y condenado fué su inventor. Y ¿no es triste, no es espantoso ver cómo por toda la hermosa faz de nuestras naciones cristianas, hasta de España, de esa bella España, tan querida de Dios y tan colmada de sus bendiciones, se ha extendido como lava abrasadora esa corriente infernal, ese grito, ese aullido de rabia satánica contra el santo nombre de Dios?

Pero, vamos, dime tú, amigo mío, á quien oigo frecuentemente esta frase

brutal que no abrasa ya tus labios porque has logrado, á fuerza de blasfemar, hacerlos como insensibles á tal corrosivo. Dime, ¿y por qué has de blasfemar tú? ¿Qué resentimiento particular puedes abrigar contra Dios, que te autorice para ultrajarle de continuo con tan abominable lenguaje? ¿Qué ha hecho El sino llenarte de beneficios? Ahora mismo, ¿quién te da el aire que mueve tus pulmones, la luz que alumbra tus ojos, el pan que llevas á la boca, la salud y el bienestar que en tu cuerpo experimentas? Tú no quieres pasar por malvado: un favor que te hagan los hombres, una consideración que te guarden, una muestra de cariño que te den, lo agradeces y estimas, y capaz eres de arriesgar la vida por dar una prueba de correspondencia. A tu mujer ó tu madre no sufrirías tú que las amenazase un

insolente con una mirada siquiera, sin que te airases al punto y le hicieses pagar caro al ofensor su atrevimiento. Así te portas, y por eso te llaman honrado y hombre cabal. Pero... ¿es posible que sólo Dios, el más leal de los amigos, el más cariñoso de los padres, no te merezca iguales atenciones? Un ultraje á un pordiosero de la calle no se lo harías tú, ni consentirías se le hiciese, ¡y tú lo estás haciendo á todas horas contra la Divina Majestad! Dime, ¿qué razón puede abonar ó siquiera excusar esta tu infame conducta? Con todos te precias de bien educado, con sólo Dios de grosero; con todos de justo, con sólo Dios de mal pagador; con todos de agradecido, con sólo Dios de monstruo de ingratitud. A quien te hiciera lo que El hace á todas horas por ti, ¡cómo le servirías y honrarías! Nada te parecería bastante

para mostrarle tu afecto y rendida voluntad. A quien te tratase como tú le tratas á El, ¿qué venganza te parecería proporcionada á tal injuria? ¿qué castigo proporcionado á tal maldad?

Examinemos ahora otro punto. Sé que no es este el solo pecado que cometes; pero aunque todos ofenden la infinita bondad de Dios, parece que en los otros es más fácil hallar explicación, ya que no disculpa. Generalmente pecan los hombres por un interés ó deleite que encuentran en el pecar. Así roba el ladrón, ó defrauda el mal amo, porque la codicia los impele á retener para sí aquellos cuartos ajenos que son su tentación. El deshonesto y el vengativo se procuran un placer á su manera dando suelta á aquellas sus criminales pasiones. Y así por lo común todos los pecados se cometen por deleite ó por interés. No por esto se

pueden cometer, porque no deben buscarse otros deleites ni otros intereses que los lícitos y permitidos; no por esto se pueden cometer, pero esto explica por qué se cometen.

Pero el blasfemo ¡gran Dios! ¿qué gana blasfemando á todas horas contra su Criador? ¿O qué deleite puede encontrar en echar de su boca tales inmundicias? Este sí que es pecar por pecar, sin motivo alguno, sin pretexto que lo excuse, sin razón, ni mediana, con que se pueda pretender justificarlo. Judas vendió al Maestro por treinta monedas de plata. Su avaricia le cegó. Fué un gran criminal. ¿Qué diríamos de él si, á sangre fría, por sólo el deseo de hacer mal al buen Jesús, le hubiese puesto en manos de los judíos? San Pedro le negó; pero hízolo acobardado por el temor y por el respeto humano. Gran culpa fué la

suya. Pero ¿qué tal si hubiese renegado de El, sin correr peligro alguno, sólo por querer hacerlo, por odio frío y por nada más?

Así eres tú, ¡oh Judas infame! ¡oh más ingrato que Pedro á los favores de tu Dios! Así eres tú, y ese tu pecado es de los que no encontrarán excusa ni atenuante en el supremo tribunal. Allí serás maldito, ya que has pasado la vida en maldecir; allí serás condenado á blasfemar eternamente entre llantos y crugir de dientes, ya que en tu vida no has dejado un momento de escupir veneno y porquería contra tu Padre bondadosísimo. ¡Ea! ¡Aprende bien aquí tu oficio de condenado! ¡es el que habrás de ejercitar, á despecho tuyo, por toda la eternidad!

Pero ya comprendo lo que me vas á decir: «La costumbre, me dices, la

costumbre me tiene vencido, y no la puedo sacudir. Conozco que soy un criminal, y no quisiera que fuesen mis hijos mal hablados como yo... pero tengo contraído el vicio, y no me puedo desacostumbrar.»

Mala razón, vana excusa, falso pretexto. No te disculpará ante el tribunal de Dios: no te librará del infierno.

¡Tienes esta costumbre! ¿Y quien te la ha impuesto sino tú mismo? Pues tú mismo (con la gracia de Dios) te la has de quitar. Y si no te la quitas es porque no quieres de veras. A Dios no le engañarás. Si cada blasfemia te costase un dolor de muelas ó un retortijón de tripas, de fijo no blasfemarías la segunda vez, después de tal resultado. Si un juez de la tierra te amenazase con una pena ó te hiciese pagar un duro sin remisión á cada taco que echas por esa boca, fuera la tuya como

la del mejor cristiano. Empieza, pues, á temer al pecado como temes los males del cuerpo; empieza á temer el Juez divino como temes á la justicia terrenal. Ya verás como conoces lo malo que haces cada vez que blasfemas, y el daño que acarreas, y el castigo á que expones por ello á tu pobre alma, que un día ¡no lejano! se ha de presentar á riguroso juicio.

Oyeme un caso verdadero que tal vez te acabe de convencer.

También creía no poder desacostumbrarse del vicio de blasfemar y soltar juramentos un viejo militar, lleno de años y cicatrices, á quien servía en su enfermedad postrera una de esas Hermanas de la Caridad, que van, como sabes, á cuidar enfermos á domicilio. Teníale ganado con sus excelentes servicios el corazón la buena Hermana, y habíale reducido á las prácticas

de piedad que el bravo soldado había olvidado un tantico, ocupado en sus campañas. Pero en cuanto á quitarse el vicio de blasfemar, no podía el pobre vencer (así decía él) su arraigada costumbre. A cada desapiadado tirón que le daban los nervios, soltaba el viejo mil sapos y culebras de campamento, que á la pobre Religiosa la dejaban horrorizada. La caridad ingeniosa sugirióle á la muchacha un medio de corregirle, y fué el que vas á oir.

—General, le dijo, me estáis agradecido, y lo conozco, y mil veces me lo habéis dicho. Voy, pues, á pediros un favor.

—Decid, Hermana, decid, así pudiese corresponder con algo á vuestras bondades. ¿Cuál es la petición?

—Una friolera, General: no soltaréis jamás una blasfemia, por vivos

que sean los dolores que os atormenten.

—Imposible, Hermana, imposible. Estoy acostumbrado, y no me puedo vencer.

—Es que no he llegado aún á mi petición, general; no hice más que sentar el precedente. Como bravo militar sois hombre de honor, y si me dais palabra de honor la cumpliréis.

—No la daré, Hermana, porque no la puedo cumplir.

—Pero ¡por Dios! calma, amigo mío, que no hemos llegado aún á lo bueno. La palabra de honor que daréis será, no de no blasfemar, que eso me decís os fuera imposible cumplirlo, sino de darme inmediatamente una peseta para los pobres á cada blasfemia ó juramento que soltéis. Que eso lo podréis perfectamente cumplir.

—Convenido, amiga; no os lo pue-

dò negar: pero no llevaré yo mala penitencia.

Y conforme á la palabra de honor empeñada llevábale cada noche la Hermana al buen militar la cuenta de sus blasfemias, que, á razón de cuatro reales una, salíanle al pobre más caras que todos los gastos de la enfermedad. Quiso entrar en explicaciones. Pero la palabra de honor estaba de por medio, y el honor es para nn soldado más que la vida. La inflexible Hermana acudía á cobrar todas las noches sus limosnas, sin descontar ochavo. Pero se observó que cada noche cobraba menos, porque el militar, conforme veía lo caras que le salían, menudeaba menos cada dia sus groseras inconveniencias. Así logró deshacerse poco á poco de un vicio que juzgaba él no poder en modo alguno desarraigar. La noche en que por vez primera

le llevó la cuenta en blanco, díjole entre seria y burlona la buena Religiosa:

«General, á peseta cada una os han parecido muy caras las blasfemias, y así habéis trabajado por ahorraros ese gasto del presupuesto. Más cara os presentará la cuenta Dios si volvéis á ellas, porque cada una os costará una eternidad. Con que... dadme ahora la palabra de honor de no blasfemar ya más, que bien veis se puede cumplir si se quiere. Aquí os devuelvo vuestro dinero, que bien lo habéis menester.»

Aplícate el caso, amigo lector, si tienes la horrible desgracia de ser blasfemo... y ¡por Dios! ¡por su bendita Madre! ¡por tu alma! no blasfemes ya más. Haz un propósito firme de examinar cada día las veces que has caído en tal pecado, y por cada

una rézale á Dios antes de acostarte una oración, ó dale por cada una á un pobre una limosna. Ya verás como por este sencillo ejercicio se te fija algo la atención en esas porquerías, y las vas dejando poco á poco, y llegará día, por fin, en que tú mismo te horrorices al pensar lo que fuiste y los malos ejemplos que con tu boca blasfema dabas á tu mujer y á tus hijos y á la vecindad.

Y sobre todo, amigo mío, huye, huye como de sitios contagiosos, de los sitios y compañías en que por lo regular se blasfema el santo nombre de Dios. ¿Sabes que en la taberna y en el café (que no es sino taberna con camisa limpia), sabes, digo, que allí se jura y perjura y se sazona toda conversación con esa horrible salsa de condenados? No pongas, pues, el pie en la taberna, no entres poco ni mu-

cho en el café. ¿Sabes que es aquel mal amigo quien con su lenguaje soez te incita y provoca á proferir iguales palabrotas? abandona el mal amigo, que no lo es tuyo, sino instrumento del demonio para tu perdición. Si lepra tuviese aquel lugar ó persona, ¿te rozarías con ellos? Pues ¿qué lepra peor que esa de la blasfemia?

Y luego y sobre todo teme á Dios; rézale con frecuencia, así como á su bendita y purísima Madre; piensa en la muerte; atiende al juicio; considera el infierno. Acude al templo á menudo, que allí se alumbra con sus santas influencias el entendimiento, y se alienta el corazón, y se calman las pasiones alborotadas. Para curar tu cuerpo, ¿no adoptas cualquier medicación por enojosa que te sea? ¿Y no adoptarías ésta tan fácil para curar tu pobre alma?

¿Que no le haces caso á la voz de Dios que por medio de este papel te advierte y te llama á enmienda? ¡Rásgalo entonces, infeliz! que no se ha escrito para los réprobos como tú.

A. M. D. G.